

González, Luis R. (abril 2005). *Arqueología en Catamarca. El Valle de Santa María de Yocavil : Un taller metalúrgico prehispánico en el Valle de Yocavil : La fiebre del bronce*. En: Encrucijadas, no. 31. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubas.sisbi.uba.ar>>

Arqueología en Catamarca

El Valle de Santa María de Yocavil

Desde aproximadamente el siglo X de la Era Cristiana y hasta la llegada de los españoles, los calchaquíes ocuparon el Valle de Santa María, entre otros, en las actuales provincias de Catamarca, Tucumán y Salta. El nombre cristiano del valle deriva del hecho de haberse asentado allí en el siglo XVI la misión jesuítica de Santa María de los Ángeles de Yocavil, suponiéndose que este último término habría sido la denominación del valle en la perdida lengua kakana.

En los artículos que siguen, tres especialistas en arqueología de la UBA dan cuenta de sus investigaciones en este valle. Javier Natri se ocupa de la iconografía en la cerámica calchaquí, Luis González nos cuenta sobre la importancia y particularidad de la metalurgia desarrollada en el valle y Alejandra Reynoso estudia un sofisticado observatorio solar en Rincón Chico.

UN TALLER METALURGICO PREHISPÁNICO EN EL VALLE DE YOCAVIL

La fiebre del bronce

Luis R. González

Dr. en Antropología con especialización en Arqueología.
Investigador en el Museo Etnográfico
de la Facultad de Filosofía y Letras
de la UBA.

El Bronce del Noroeste argentino prehispánico



Hasta hace poco tiempo, los modelos propuestos para explicar la trayectoria de la metalurgia prehispánica en los Andes apuntaban a sostener que la región del noroeste argentino había constituido una especie de “patio trasero” adonde los conocimientos de la tecnología habrían llegado por difusión desde centros de invención ubicados en Perú o el altiplano boliviano. Los datos surgidos de las investigaciones arqueológicas de los últimos quince años han comenzado a modificar esta idea, sugiriendo que la producción de metales en el noroeste se inició y desarrolló en forma relativamente independiente de influencias externas, asumiendo una definida identidad, no sólo en las cualidades formales de las piezas elaboradas sino también en los procedimientos técnicos aplicados.

Los objetos de metal de los indígenas que poblaron el noroeste previo a la llegada de los españoles atrajeron la atención de los estudiosos desde los mismos inicios de la arqueología argentina. En 1904, Juan Bautista Ambrosetti publicó *El bronce en la región Calchaquí*, obra en la cual se pasaba revista a las piezas conocidas para la época y se incluía la información de veintitrés análisis químicos practicados sobre algunas de ellas. En los cinco años que siguieron, autores como Eric Boman y Abel Sánchez Díaz

dedicarían páginas a comentar y analizar otras piezas. No obstante estos promisorios inicios, durante mucho tiempo la producción metalúrgica de las sociedades autóctonas del noroeste fue un aspecto relegado en las agendas de investigación. No fue hasta los trabajos de Alberto Rex González en que el confuso inventario de objetos registrados pudo ordenarse en una secuencia cronológico-cultural, que permitió apreciar cómo el metal fue utilizado para expresar los principios fundamentales de la cosmovisión prehispánica.

Es necesario subrayar que, como ocurrió en el resto de los Andes prehispánicos, en el noroeste los metales no fueron sólo aprovechados por sus propiedades mecánicas para elaborar herramientas eficientes y durables sino también por sus cualidades físicas (brillo, color, sonido) y sus conexiones con el universo mítico de las sociedades. Si bien se conocen una gran variedad de elementos utilitarios (como cinceles, agujas, y hachas), la mayor parte del metal fue empleado para manufacturar objetos de adorno o ceremoniales. No es casual, en tal sentido, que la evolución de la tecnología, en términos del mayor tamaño de las piezas elaboradas y de la sofisticación de los procedimientos técnicos aplicados, marchara de la mano con el crecimiento de organizaciones sociales con profundas desigualdades internas en el acceso a poder y recursos. En este panorama, los bienes de metal sirvieron tanto de marcadores de status diferenciales como de símbolos religiosos.

Todo apunta a indicar que las elites político-religiosas de las sociedades indígenas impulsaron la formación de cuerpos de artesanos especializados en metalurgia, los cuales desarrollaron la aleación del bronce de cobre y estaño para producir objetos de singulares características. Entre ellos, pueden mencionarse las placas, rectangulares o circulares, de la entidad sociocultural La Aguada (ca. 450-900 dC), elaboradas mediante el complejo método de la “cera perdida”. A partir del siglo X, acompañando el incremento demográfico, la erección de extensos poblados con paredes de piedras y los avances en la explotación agropecuaria, la producción de elementos de metal experimentó un formidable aumento, no sólo en el volumen de metal procesado sino también en el tamaño de las piezas que se elaboraban. Claros ejemplos son los discos y las campanas ovals decorados con los clásicos motivos de la iconografía “santamariana”, de las cuales se conocen piezas que acreditan varios kilogramos de peso (Fig. 1). A principios del siglo XV, el territorio del noroeste fue anexado al Estado incaico, cuya capital se encontraba en Cuzco. Los administradores incaicos supieron aprovechar la experiencia y la idoneidad de los metalurgistas nativos para obtener bienes de metal que fueron integrados al complejo entramado económico, político y simbólico del imperio.

El taller metalúrgico de Rincón Chico

El valle de Yocavil o Santa María, en la provincia de Catamarca, fue uno de los paisajes más densamente poblados durante las épocas prehispánicas tardías, a partir del décimo siglo de la Era. Prueba de ello son las ruinas de una gran cantidad de asentamientos que se escalonan en un eje norte-sur. De igual modo, a juzgar por la procedencia de numerosas piezas depositadas en colecciones de museos, la zona parece haber sido un importante centro de actividad metalúrgica en el pasado. No obstante, no existía información arqueológica acerca de los talleres en donde los bienes de metal fueron elaborados y, por lo tanto, poco se sabía de cómo se organizaron las tareas de producción y de los procedimientos tecnológicos puestos en práctica. Esta situación comenzó a revertirse a partir de 1987, cuando comenzaron las investigaciones dirigidas por Myriam N. Tarragó en la extensa localidad arqueológica de Rincón Chico (Fig. 2) y que permitieron descubrir el primer taller metalúrgico del noroeste en la historia de la arqueología argentina.

Rincón Chico es un típico ejemplo de los asentamientos indígenas de la época, como sus vecinos Quilmes y Fuerte Quemado. Se compone de un poblado aglomerado con 365 estructuras de piedra emplazadas en la cima de un cerro y sus laderas orientales. En la planicie al pie del cerro se distribuyen conjuntos constructivos separados unos de otros por distancias variables. Uno de estos conjuntos es el denominado sitio 15 (RCh15), ubicado a cerca de un kilómetro del cerro principal. Las extensas excavaciones realizadas en este sitio durante varias campañas de investigación permitieron establecer que allí operó un taller de producción metalúrgica cuyas actividades fueron creciendo en escala con el correr del tiempo. Una docena de fechados radiocarbónicos documentan que la ocupación se inició hacia el siglo IX y se extendió hasta la efectiva dominación española de la región, a mediados del siglo XVII. Las evidencias recuperadas durante las investigaciones se corresponden con toda la gama de las labores de producción metalúrgica: restos de minerales de cobre, fragmentos de moldes y crisoles, escorias, desechos de metales y estructuras de fundición. Los estudios de laboratorio realizados sobre estas evidencias dieron la oportunidad para conocer los aspectos fundamentales de la tecnología aplicada por los antiguos metalurgistas y de los cambios derivados de las condiciones históricas de la región.

Desde los comienzos de las actividades en el taller se elaboraron bienes en bronce estanífero, en ocasiones utilizando el método de la “cera perdida”. Es probable que la cera se obtuviera de arbustos xerófilos que crecen en el valle, como el retamo. En la mayoría de los casos, el metal fundido se colaba en moldes cerámicos de una sola pieza, abiertos, pero también solían utilizarse moldes complejos formados por varias partes que se ensamblaban. Una característica de los refractarios, y que aparece como una marca de fábrica de los metalurgistas del noroeste, es que sus superficies internas fueron recubiertas con una sustancia blanquecina, obtenida mezclando arcilla diluida y cenizas de huesos. Este recubrimiento permitía, entre otras cosas, que el metal colado se despegara más fácilmente del molde una vez enfriado. Los minerales de cobre, en forma principal carbonatos como la malaquita y la azurita, eran extraídos de filones ubicados en un radio de 30 o 40 kilómetros. El aprovisionamiento de estaño, imprescindible para elaborar el bronce, era algo más complicado, teniendo en cuenta que los yacimientos más cercanos estaban unos 140 kilómetros al sur. Durante mucho tiempo, la forma habitual de fundir los minerales y preparar las aleaciones fue utilizar crisoles que eran calentados en fogones alimentados con leña de algarrobo. Las altas temperaturas necesarias para la fundición (en torno de 1200°C) se alcanzaban ventilando el fuego con sopladores de boca, probablemente cañas huecas cuyos restos no se conservaron en los depósitos arqueológicos.

El paulatino crecimiento de la organización sociopolítica de Rincón Chico implicó una mayor demanda de bienes de metal, lo cual en el taller del sitio 15 se reflejó en la habilitación de nuevas áreas de trabajo y, posiblemente, en una mayor frecuencia de los eventos de fundición. Los restos de moldes indican que, además de diversas herramientas, se elaboraban grandes objetos ceremoniales, como discos y campanas ovals. Un dato sugestivo es que, a pesar de las extensas excavaciones practicadas en diversos sectores del sitio no ha sido registrado ningún objeto terminado. Ello conduce a pensar que las piezas que se elaboraban eran utilizadas fuera de la unidad de producción, y que los artesanos trabajaban con algún auspicio de los grupos de poder de la sociedad indígena. Un dramático salto en la escala de las actividades del taller se produjo con la dominación incaica, a principios del siglo XV. Si bien el estilo tecnológico local fue respetado, los administradores cuzqueños impusieron el uso de hornillos de tiro natural,

llamados huayra, con el objetivo de aumentar el volumen de las fundiciones. Sin embargo, las áreas de trabajo que ya estaban funcionando no se desactivaron sino que pasaron a encargarse de tareas complementarias, como la refinación de los metales obtenidos en los hornillos y la preparación de lingotes y aleaciones.

Metalurgistas for export

Las investigaciones arqueológicas en el taller del sitio 15 de Rincón Chico están lejos de concluir. Cada campaña de trabajos en el sitio proporciona información que amplía el conocimiento sobre las actividades tecnológicas que tuvieron lugar, pero también despierta nuevos interrogantes. Al momento, lo que queda en claro es que los artesanos indígenas desarrollaron –por sus propios medios y sin depender de una transmisión de conocimientos externos– originales innovaciones técnicas que les permitieron elaborar algunos de los más vigorosos ejemplos de la cultura material de los pueblos prehispánicos del noroeste. Este desarrollo no fue determinado por una evolución “natural” sino que se inscribió en el complejo proceso sociohistórico del poblado al cual el taller estaba integrado.

En dicho proceso, la demarcación de las jerarquías sociales y las prácticas religiosas cada vez más elaboradas exigieron la producción de bienes de prestigio y con alta carga simbólica, siendo el bronce el material más versátil para ello. A la hora en que la región fue incorporada al Estado incaico, los administradores imperiales no necesitaron introducir adelantos tecnológicos, más allá de aquellos destinados a incrementar la escala de salida de productos. Aun es posible que algunos artesanos hayan sido trasladados a otros talleres metalúrgicos del área surandina controlados por los incas, evidenciando el reconocimiento de la particular habilidad y entrenamiento en el manejo de los metales que habían alcanzado los metalurgistas santamarianos.



Fig. 1



Fig. 2